

necesariamente un pueblo de indios. Para suplir algunas carencias se acude ingenuamente a la imaginación (a la "imaginativa interpretación", al "traslado mental", al "trasladarse mentalmente en el tiempo") y a la especulación, con suposiciones sustentadas con muy pocos o ningún indicio ("al parecer", "es posible", "es probable", "posiblemente") sobre asuntos, fechas, personajes o instituciones, con lo cual se evidencia la falta de conocimiento o comprensión (págs. 13, 39, 62, 64, 80, 81, 90, 93, 117, 118, 120, 140, 157, 158). A todo lo anterior se agrega la poca claridad de algunos apartes debido a un mal empleo del lenguaje. El incorrecto uso de las conjugaciones verbales genera graves problemas gramaticales y errores en el manejo del tiempo histórico de la narración.

Según Arango, durante el siglo XVIII "la geografía irá adquiriendo una conformación que se organiza mentalmente a partir de centros urbanos..." (pág. 64), o "en términos sociales generales se puede hablar de [...] haciendas 'serviles' o feudales [...] en Colombia hasta la primera mitad del siglo XX" (pág. 89). Hay muchas afirmaciones caducas (como la que sostiene la existencia de feudalismo en Colombia), o que rayan en la ingenuidad (como la de una geografía que se conforma y organiza mentalmente).

Plantea algunas contextualizaciones ingenuas de la arquitectura ecléctica o republicana. Por ejemplo, define los años diez y veinte de este siglo como "época femenina" (pág. 139). ¿Acaso las demás épocas son masculinas? ¿O ya es posible definirle el género a los diferentes periodos de la historia? Salvo lo anterior, el capítulo IV está mejor logrado. Los capítulos V a VII son los mejor elaborados de todo el libro. En ellos se pone de manifiesto un conocimiento profundo del tema tratado, en comparación con los anteriores. El tránsito por los ásperos caminos de la historia colonial malogran esta obra. Se debe anotar, sin embargo, que para los periodos recientes, según palabras de Silvia Arango, "el papel del crítico sobresale sobre el de historiador" (pág. 13).

En conclusión, a la obra le falta unidad y carácter. Se define como historia pero lo ganado en una mejor

exposición del tema en los últimos capítulos lo pierde en rigor histórico, hasta desvanecerlo en crítica, con el propósito de subsanar las dificultades que conlleva el tratamiento de la historia contemporánea de la arquitectura colombiana.

La presentación editorial tiene muchas deficiencias, en cuanto a diagramación e impresión. Cerca de 40 reproducciones de planos de proyectos arquitectónicos y urbanísticos, debido a la mala edición y reproducción, que no permiten su lectura y consulta, se convierten en un material inútil que no cumple su función de apoyo a los textos. La primera edición del libro se agotó rápidamente, en razón de las numerosas expectativas que creó en el mundo académico. Desde entonces las críticas no han faltado.

LUIS FERNANDO MOLINA L.

Otro arquitecto metido a historiador: zapatero a tus zapatos

Historia de la arquitectura en Colombia.

Volumen colonia 1538-1850

Alberto Corradine

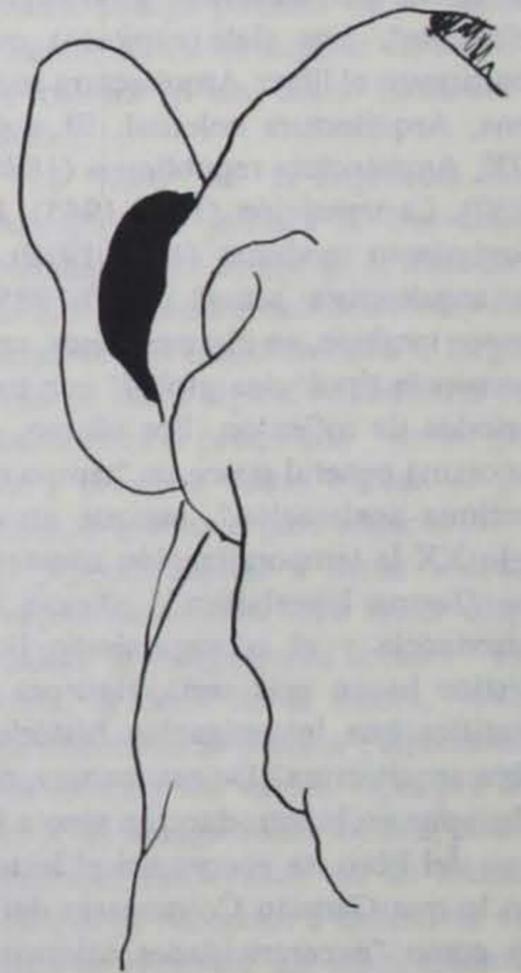
Biblioteca de Cundinamarca, Escala, Bogotá, 1989, 347 págs.

Después de haber participado en el paradigmático *Manual de historia de Colombia* (Bogotá, 1979), tomo I, capítulo VI, con el tema "La arquitectura colonial", Alberto Corradine reedita su trabajo en forma individual, complementándolo con una buena cantidad de gráficos, planos, fotografías y apartes adicionales acerca de la historia del periodo mencionado, para apoyar y contextualizar la arquitectura sobre la cual trata. En términos generales no hay casi nada nuevo, aunque existen más de diez años de intervalo en la aparición de ambas publicaciones.

En el prefacio, Corradine sostiene que intenta aproximarse a las condiciones sociales, económicas y cultura-

les que se presentaron durante el periodo colonial y la primera mitad del siglo XIX, "como elementos moderadores o vectores, que permitieron realizar una serie de manifestaciones arquitectónicas consideradas como expresión técnica, espacial, funcional y estética, apropiadas a las primeras". Dice que el trabajo está dirigido de manera preferente a los estudiantes de los cursos de arquitectura colonial. Trata temas generales de la historia de Colombia, porque "para la mayoría de los posibles lectores son totalmente desconocidos".

Una de las críticas a este planteamiento es que la única herramienta del autor para reconstruir la historia de la arquitectura son las contextualizaciones. Resulta una visión muy restringida, ya que la obra arquitectónica contiene otros aspectos también profundos y dinámicos que pesan fuertemente para poder entenderla e interpretarla, como sus significados, usos, fines, simbolismos, etc.



En una jactanciosa nota introductoria escrita en primera persona, Corradine describe la heroica actividad que adelantaron los pioneros de la investigación y la enseñanza de la historia de la arquitectura colombiana, entre quienes se incluye a sí mismo. Tiene de

meritorio presentar una minuciosa y elaborada reseña de la historiografía producida en Colombia sobre el tema, con acertados comentarios y críticas a las publicaciones realizadas hasta 1985 aproximadamente, con el propósito de mostrar el impulso que ha ido tomando el estudio de la historia de la arquitectura.

El trabajo de Corradine (1979) tuvo como novedad, en su planteamiento teórico y metodológico, dejar de lado ese afán que imperaba, y sigue imperando, de clasificar todas las manifestaciones arquitectónicas de acuerdo con los cánones propios de los estilos europeos. Por primera vez se publicaba una obra que mostraba la arquitectura colonial en su contexto.

El libro consta de cinco partes. La primera trata del urbanismo, la arquitectura civil, religiosa y militar, además de las técnicas y estilos empleados en su construcción, en el siglo XVI. La segunda y la tercera se refieren a estos mismos aspectos, pero en los siglos XVII y XVIII. La cuarta parte trata sobre la sociedad y el urbanismo, los cambios políticos y la arquitectura, entre otros temas, durante la primera mitad del siglo XIX. La quinta contiene diez anexos, en su mayoría transcripciones de apartes de documentos del período colonial, y una exhaustiva y minuciosa relación bibliográfica.

La realización de los análisis y clasificaciones de la arquitectura por siglos, o sea con criterios estrictamente cronológicos, no deja de presentar problemas serios. A lo largo de la colonia existen manifestaciones y elementos de larga duración, especialmente de la vivienda común y las técnicas constructivas, que permanecen sin cambios sustanciales durante dos o tres siglos.

La deficiencia principal del libro es su visión parcializada, porque dedica un gran porcentaje de sus páginas a tratar demasiado los contextos, y preferentemente la arquitectura del oriente colombiano (Boyacá, Santander y Cundinamarca), Cartagena y Mompos. Otras regiones son miradas de soslayo y evacuadas velozmente.

Existen algunas imprecisiones. Una de ellas es que el oidor Luis Henri-

quez, fundador de casi todos los pueblos de indios del Nuevo Reino, estuvo en Antioquia (pág. 112).

En cuanto a la forma, la redacción está saturada de muletillas (no obstante, por tal razón, ahora bien, por otra parte, por cuanto, etc.), redundancias, uso indebido de las mayúsculas en nombres comunes y abundantes erratas tipográficas. La repetición continua de algunos temas se hace permanentemente en cada capítulo, de manera innecesaria, como ocurre con el aparte sobre "técnicas constructivas".

Lo más decepcionante es la manera veloz y superficial como se trata la arquitectura de la primera mitad del siglo XIX. Fenómenos trascendentales como la obra de Petrés, el proyecto del capitolio nacional, la dinamización y transformación de la vivienda tradicional en zonas urbanas y de colonización, y la plasmación en formas construidas de un ideario político por parte de gobernantes como Tomás C. de Mosquera, muestran la ligereza con que se trata el problema, en un período de rupturas, renovación y cambios. Así las cosas, la obra no trae ninguna novedad que aporte al conocimiento del tema.

LUIS FERNANDO MOLINA L.

Una fuerza de la naturaleza

Alejandro Obregón

Textos: Gabriel García Márquez, Alvaro Mutis, Pierre Restany y Daniel Samper Pizano.

Fotografía de la obra: Zona Ltda.

Lerner y Lerner Editores, Madrid (España), 1992, 268 págs., ilus.

"El ojo es la mano, la mano tiene cinco ojos, la mirada tiene dos manos, estamos en la casa de la mirada y no hay nada que ver, hay que doblar otra vez la casa del ojo, hay que poblar el

mundo con los ojos, hay que ser fieles a la vista, hay que crear para ver".

Octavio Paz

En marzo de 1991 el Magazín Dominical del diario El Espectador publicó una entrevista hecha por Ana María Escallón al pintor Alejandro Obregón. La primera pregunta de la crítica de arte: "¿Usted por qué pinta tan mal?", no dejó un espacio mayor que el que tuvo el artista para responder: "Porque me da la gana".

En la misma entrevista, Obregón explica la manera como Fernando Martínez convenció a Marta Traba de que el cuadro *Violencia* era una excelente obra y cómo, a partir de esto, la crítica de arte, convencida, giró, hasta el último de sus escritos, alrededor de la gravedad generada por el monstruo magnífico que es Alejandro Obregón. Aunque hubo períodos en que atacó severamente sus cuadros, nunca dejó de lado el hecho de que fuera un gran artista. Lo bautizó como el primer pintor contemporáneo de Colombia y como el iniciador del muralismo en este país.



Obregón vivo fue un huracán de pasiones, un tornado, un personaje capaz de la mayor irreverencia, con toda la voluntad del mundo, de un humor drástico, tierno, dueño de un universo infinito capaz de desatar historias como la narrada por García Márquez en la primera nota de este libro: el episodio a balazos por el autorretrato *Blas de Lezo*. Un texto lleno de amor por el artista, como todos los textos de este libro.

Un libro que, cuando se lee y se ven las fotos de álbum familiar (impeccable trabajo de impresión), y las reproducciones de la obra, se cierra